

Yo tampoco me llamo Flanagan

**Andreu Martín
Jaume Ribera**

Espacio Flanagan

ANAYA



Yo tampoco me llamo Flanagan



© Andreu Martín y Jaume Ribera, 2006
www.iflanagan.com
© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2006
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.espacioflanagan.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño de cubierta: Javier Serrano
y Miguel Ángel Pacheco

ISBN: 84-667-5191-2
Depósito legal: S. 147/2006
Impreso en Gráficas Varona
Polígono El Montalvo, parcela, 49
Salamanca
Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Yo tampoco me llamo Flanagan

**Andreu Martín
Jaume Ribera**

ANAYA

1

Un caso de desaparición

1

Conocí a Carla Buckingham el primer día de vacaciones. Apenas unas horas antes había pasado unos momentos de angustia y una sensación de peligro inminente terribles, que se fundieron automáticamente cuando el profesor de Matemáticas me dio mi copia del examen y resultó que yo era capaz de resolver los problemas que nos había puesto. La prueba titánica del examen se convirtió en un trámite casi agradable y, una vez entregados los folios al profesor, pude dar el curso por terminado.

A la salida, ambiente de euforia y despedidas con los compañeros. María Gual se iba a trabajar, todo el verano, a una discoteca de la costa. Guillermo Mira haría un cursilo de electrónica del automóvil. Jorge Castells había encontrado trabajo como monitor en unas colonias de verano. Con todos me reencontraría en el próximo curso.

Con todos menos con Charcheneguer.

Ramón Trallero, alias Charche, agotada la paciencia de sus padres, la de todo el cuerpo docente y la suya propia,

daba por acabada su educación y se ponía a trabajar inmediatamente, en un almacén del puerto de Barcelona.

—... Y, además, me casaré con Vanesa —me anunció muy orgulloso, y me mostró un anillo con un diamante grande como una pelota de fútbol. Yo ya sabía que últimamente se le había metido entre ceja y ceja comprarle un anillo de compromiso a su novia; de hecho, él mismo se había ocupado de proclamarlo por todo el barrio, como si fuera un culebrón. El primer episodio llevaba por título «¡Le compraré un anillo a Vanesa!»; el segundo, «¡Dios mío, he ido a la joyería y los anillos son carísimos!»; el tercero, «¿Creéis que Vanesa notará si el brillante es de plástico?»; y, ahora, estaba asistiendo al estreno del que cerraba la saga: «¡Ya tengo el anillo!». Y el anillo no parecía de plástico ni de bisutería. Todo lo contrario. Se veía bueno y fuera del alcance de las posibilidades de mi amigo.

—¡Charche! ¿De dónde has sacado esto?

—Jo, pues de la joyería del barrio. Más de tres mil euros. Chulo, ¿eh? ¡Vanesa se va a caer de culo cuando se lo dé!

Esa afirmación me obligó a repetir la pregunta, con ligeros cambios:

—¡Charche! ¿De dónde has sacado los tres mil euros?

—Me los han prestado en el banco. ¡Solo tendré que pagar setenta euros al mes durante siete años años, Flanagan!

—Parecía convencido de que, entre el banco y la joyería, prácticamente le habían regalado el anillo—. Y, como en el trabajo ganaré mucho más...

No me cupo duda alguna de que Charche empezaba una nueva vida, en todos los sentidos de la expresión.

Pero si a él le parecía bien, a mí también y, además, era final de curso y todos estábamos contentos. Incluso mi padre, cuando llegué a casa y me llamó desde detrás de su

hábitat natural, la barra del bar, el negocio con el que mi familia lleva años ganándose el pan.

—Juanito, ven *p'acá*.

Me obligó a sentarme en una mesa alejada de aquellas en que los jubilados jugaban al dómينو, buscando discreción e intimidad, como si también nosotros tuviéramos que negociar un crédito, y me expuso el plan que me había preparado para las vacaciones. Un *stage* de temporada completa, practicando un deporte de aventura: el de camarero.

—Pero, papá, si yo no sirvo para esto...

—Venga, te dejo escoger —dijo, generoso—. Si prefieres estar en la cocina con tu madre o...

—Pero es que apenas acabo de terminar el curso. Dame unos días de descanso, ¿no?

—Vale, si quieres, empiezas mañana —concedió, magnánimo.

—¡Sí, hombre!

—¿Cuántos días necesitas?

—Pues... No lo sé... A ver, déjame que cuente... ¿Cuántos días hay de aquí a septiembre?

Los padres no entienden cómo va esto de las vacaciones. Después de nueve meses de trabajo inhumano, quemándose las neuronas y las pestañas para comprender y aprender teorías que los sabios más importantes del mundo elaboraron a lo largo de toda una vida de dedicación exclusiva, te reciben como si volvieras de unas vacaciones en un centro turístico del Caribe.

—¡Joder, Juanito! ¿Es que piensas pasarte las vacaciones sin dar un palo al agua? —Y recurrió a una de esas frases que todos hemos oído mil veces—: ¿Te has creído que tengo una máquina de fabricar billetes en el sótano?

—No es que me niegue a trabajar. Pero es que a mí, esto de la hostelería...

—¿Pues qué piensas hacer? —Se estaba poniendo nervioso precisamente porque se temía lo que pensaba hacer—. De aquí a cuatro días cumplirás los dieciocho. ¿Qué piensas hacer el próximo curso?

Inspiré aire. Ahora yo tenía que decir que me proponía estudiar criminología, para ser un buen detective privado, y él o bien se desmayaba a causa del susto, o bien se convertía en el camarero-lobo. No sé qué tiene en contra de los detectives. De pequeño, yo decía que quería ser detective y él se lo tomaba a broma, como si hubiera dicho que quería ser domador de elefantes. A medida que me había ido haciendo mayor y veía que no solo no me echaba atrás, sino que incluso *ejercía* de detective a pequeña escala, se había ido alarmando, en parte porque constataba que no se trataba de una broma, en parte porque cuanto más crecía yo, menos podía imponerse él desde su condición de adulto.

Afortunadamente, no tuve que decirle nada. Me salvó el móvil.

—Perdona —le dije, en tono circunspecto. Y al teléfono—: ¿Diga?

—¿Flanagan?

Era Carla Buckingham.

espacio Flanagan

Flanagan, qué te vamos a contar, es un personaje con una vida muy azarosa; tanto, que ya es un reconocido detective privado. Es más, algunos de sus coleguitas dicen de él que es un PI (un *private investigator*, o lo que es lo mismo, un detective de los buenos). Los casos que puedes leer por ahora en esta colección los ha ido resolviendo en este orden:

- *Todos los detectives se llaman Flanagan*
- *No te laves las manos, Flanagan*
- *Flanagan de luxe*
- *Yo tampoco me llamo Flanagan*

*Y recuerda, no salgas nunca de casa
sin llevar su tarjeta:*

